

## XXV.

ORIEL.

Aquí en este campo trabajo noche y día, esclavo de esclavos. Cuando bajo los rayos de este sol de Babilonia me fatigo hasta el punto de caer exánime, los señores de mis señores despiértanme á latigazos. A veces el dolor es tan grande y el desmayo tan profundo, que ni así puedo despertarme. Y en tal estado, me aplican ¡oh crueles! un hierro enrojecido al pecho. Mirad, compañeros, mirad mis carnes. Soy una cicatriz, y he sido desde los piés á la cabeza una llaga. Pero oigo ruido...

EL SIERVO.

Llego sin aliento...

ORIEL.

Descansa ¿qué te ha sucedido?

EL SIERVO.

Me persiguen...

ORIEL.

No, no te persiguen.

EL SIERVO.

Me matarán...

ORIEL.

¿Y qué cosa mejor puede venir sobre un esclavo que la muerte?

EL SIERVO.

Tengo hijos.

ORIEL.

Infeliz. ¿Por qué, por qué has engendrado siervos? ¿No te valia más haberte consumido en el fuego de tus amores que crear nuevos desgraciados?

EL SIERVO.

Un sudor frio cubre mi frente.

ORIEL.

Descansa.

EL SIERVO.

¿Qué será de mi esposa?

ORIEL.

¿Qué te ha sucedido?

EL SIERVO.

Trabajaba yo en los jardines de Babilonia y el

rey paseaba á mi lado. Para divertirse, azuzaba de vez en cuando perros que sucesivamente me mordian las piernas.

ORIEL.

Misericordioso ha sido; ¡cuántas veces nos arrojan á la caverna de los leones!

EL SIERVO.

En esto un Profeta de Israel aparece.

ORIEL.

A pesar de que siempre están llorando las desgracias de Israel, no habrá echado de ver tu inmensa desgracia.

EL SIERVO.

Conminó al rey por los dolores infligidos al pueblo, y el rey se irritó.

ORIEL.

Ellos son esclavos, pero tambien ellos esclavizan.

EL SIERVO.

Las palabras del Profeta, en términos exaltaron al rey, que se desvaneció en brazos de sus eunucos.

ORIEL.

La palabra ajena les azota más que la propia conciencia.

EL SIERVO.

En cuanto se despertó de su desmayo, exaltada ira le sobrecogió. Sus ojos estaban como inyectados en sangre y fuera de las órbitas. Sus labios escupian hiel. El Profeta siguió majestuosamente, y salióse de los jardines como si nada en torno hubiera sucedido.

ORIEL.

Segue, sigue.

EL SIERVO.

Volvióse el rey á él y le dijo: morirás á manos de los tuyos. Y yo temblé, temblé como un árbol agitado por el viento.

ORIEL.

Presiento lo que te diria.

EL SIERVO.

Esclavo, me dijo, tomándome por un brazo y sacudiéndome, toma esa espada y mata á ese hombre.

ORIEL.

¡Bárbaro! ¡Bárbaro!

EL SIERVO.

Yo me arrojé á sus plantas.

ORIEL.

Inútil suplicar.

EL SIERVO.

Plegué las manos y pedí me eximiera de aquel mandato.

ORIEL.

No quiso oírte?

EL SIERVO.

Sacó su espada furioso y quiso clavármela en el pecho.

ORIEL.

¡Insensato!

EL SIERVO.

Pero entonces se acordó de que yo era siervo, y dijo: te favorezco matándote. Pero sé dónde

tienes el nido de tus amores. E iré allá. Y mataré, mataré á tus hijos. Mira lo que me pasa por compadecer á nuestros señores.

ORIEL.

No merecen los israelitas nuestra compasion, no la merecen. Ellos que se creen los elegidos del cielo, ellos han tenido siempre esclavos, siempre. Jacob compró sus dos mujeres, Lia y Raquel, las compró á su padre Laban como en mercado. Abraham contó esclavos nacidos á la sombra de sus tiendas, y esclavos comprados. Todos fueron trasmitidos en herencia á Jacob juntos con los asnos, los carneros y los bueyes. Josef es vendido por sus propios hermanos á los mercaderes israelitas. Cuando Rebeca pasó á casa de Isaac llevaba en su dote muchas esclavas. Estas solian servir muchas veces á los patriarcas para aumentar la familia. Pero los hijos eran arrancados de brazos de las esclavas, y conducidos á la familia paterna, y en ella contados. Hé ahí el pueblo escogido por Dios.

EL SIERVO.

Creí yo que el rey se habria calmado, porque

me volvió la espalda, se apoyó en los brazos de sus eunucos y continuó sereno, tranquilo su camino. Yo me quedé sereno.

ORIEL.

No se extingue nunca la venganza de un rey.

EL SIERVO.

Yo vi atónito que, pasados algunos momentos, los oficiales del palacio me cogian, me llevaban á los estrados reales, me desceñian mi sayal de esclavo y me colocaban sobre los hombros el manto de púrpura de los reyes, despues de haberme ceñido su blanca túnica de lino, sembrada de oro y pedrería. Yo no osaba proferir palabra. Despues de esto, ajustaron á mis sienes la deslumbradora tiara persa, y me dieron todos los nombres y todos los tratamientos dados á los reyes. No sabia qué me pasaba en tal estado. Mis ojos perdian la luz. Mis sienes latian fuertemente. El corazon me saltaba del pecho.

ORIEL.

¿No sabes lo que iba á sucederte?

EL SIERVO.

No.

ORIEL.

Comprendo tu extrañeza.

EL SIERVO.

Que crecia de punto á medida que crecian sus obsequios y sus bendiciones.

ORIEL.

Pues iban á darte la fiesta de los esclavos.

EL SIERVO.

Ignoraba que existiese tal fiesta.

ORIEL.

Es una gota de hiel añadida á nuestras amarguras.

EL SIERVO.

Si.

ORIEL.

Es una irrisión aumentada á las burlas con que persiguen al esclavo.

EL SIERVO.

Si, si.

ORIEL.

Pero burla sangrienta, horrible, que se han trasmitido cien generaciones.

EL SIERVO.

¡Malvados!

ORIEL.

Yo he pasado por esas fiestas y por los patibulos.

EL SIERVO.

Y habrás padecido ménos en los patibulos que en esas festividades.

ORIEL.

Ciertamente.

EL SIERVO.

Pues óyeme.

ORIEL.

Habla, habla.

EL SIERVO.

Se me oprime el corazon y apenas puedo continuar.

ORIEL.

Nada puedo darte para fortalecerte, porque nada como tú tengo, compañero mio. Nos dan el

harina suficiente para que no nos muramos de hambre.

EL SIERVO.

¡Harina! Eso es una increíble distincion. A mi, despues de un trabajo de catorce horas, me echan al campo á que me alimente de las raíces de las selvas.

ORIEL.

Mas prosigue tu narracion.

EL SIERVO.

Cuando acababan de vestirme así, ábrese la puerta de la estancia y apareció mi hijo mayor.

ORIEL.

¡Padre infeliz!

EL SIERVO.

Iba vestido de príncipe. Llevaba una túnica de

seda azul de la India, toda sembrada de estrellas de plata. Hilos de diamantes caian de su cabelle-ra á los hombros. ¿Lo creerás? Al verlo entrar tan hermoso olvidé todas mis penas. Me dirigí á él, estrechéle contra mi corazon, y no me cansaba de besarlo. Mi jóven hijo, despues de haberme besado, al verme vestido de aquella suerte, no pudo contener la expresion de un sentimiento en que se mezclaban confusamente el lloro y la risa. ¿Qué te pasa? hijo mio, le pregunté. Pero el mancebo me puso la mano sobre los lábios, y callé.

ORIEL.

¿Hay justicia en el mundo?

EL SIERVO.

Yo me dirigia esa misma pregunta al ver que á nuestros mismos ojos éramos ridículos.

ORIEL.

Tengan derecho á destruirnos. Mas ¿por qué han de tener tambien derecho á deshonrarnos y avergonzarnos?

EL SIERVO.

Salimos de la estancia padre é hijo, y nos llevaron á espacioso patio. Fuentes cristalinas surgian del pavimento y se destrenzaban en arroyos bajo bóvedas de rosas. Una mesa de marfil ocupaba el centro, y en torno suyo mullidos lechos de púrpura de Tiro, sostenidos en el aire por cuerdas de sedas, todas tachonadas de perlas. Las copas en que nos servian los más ricos vinos, eran de esmeraldas vaciadas. Los platos en que nos servian eran de oro macizo. Muchachos y mancebos, todos desnudos, bailaban frente á nosotros, ceñidas las sienes de flores, y al encontrarse en sus juguetonas danzas dábanse voluptuosísimos besos. Pero lo extraño, lo verdaderamente extraño de aquel caso es que apareció el rey, seguido de todos sus cortesanos, y comenzó á escanciarnos vinos y á servirnos viandas. De vez en cuando eunucos pasaban y nos hacian algun gesto de menosprecio ó de burla. Yo no probaba bocado, y me miraba mi hijo, y no comia tampoco.

ORIEL.

Sabria el gran dolor que te estaba reservado.

EL SIERVO.

Si, lo sabia.

ORIEL.

Y tú ¿nada adivinabas?

EL SIERVO.

Yo presentia algo siniestro.

ORIEL.

Es verdad. ¿Qué puede presentir que sea bueno y justo sobre la faz de la tierra el misero esclavo?

EL SIERVO.

Nada, nada.

ORIEL.

Es el dolor como nuestra sombra.



EL SIERVO.

Las lágrimas caian gota á gota sobre el vino,  
que muchas veces llevaba distraido á mis labios,  
y que me sabia, hermano, á hiel.

ORIEL.

¡Horrible padecer del esclavo, y furia todavia  
más horrible de sus dominadores!

EL SIERVO.

Las músicas, los cantos, el aroma de las flores,  
el beso voluptuoso que se exhalaba de las  
danzas, el calor de las fiestas, cuanto á nuestro  
alrededor pasaba, léjos de alegrarme, sumergíame  
en profundo estupor y en tristeza profundísima.

ORIEL.

Y no adivinabas aún lo que iba á sucederte?

EL SIERVO.

¿Y quién puede adivinar la crueldad de los  
déspotas?

ORIEL.

Abismo es insondable.

EL SIERVO.

Aunque yo me asomaba al mar de mis presen-  
timientos, lo veia confuso, caliginoso.....

ORIEL.

Es verdad. Ni el amor de padre puede prever  
la ira guardada en el corazon de un rey.

EL SIERVO.

Ya verás cuán amarga.

ORIEL.

Lo creo.

EL SIERVO.

Imposible que imagines tanta barbarie.

ORIEL.

Sigue contándonos tus amarguras.

EL SIERVO.

No vas á creerlas.

ORIEL.

Mi corazon las ha sufrido todas.

EL SIERVO.

No lo creas, no lo creas.

ORIEL.

¿Por qué?

EL SIERVO.

Porque si hubieras padecido las penas que yo sufrí en aquel momento, no latiría ya tu corazon.

ORIEL.

Esclavo, no puedes comprenderme.

EL SIERVO.

¿Qué extraño misterio escondes?

ORIEL.

Extrañísimo; pero no pasemos de tus penas á mis penas. ¿Con ser esclavos, no somos todos desgraciados?

EL SIERVO.

Pero no hay dolor que iguale á mi dolor en aquel momento.

ORIEL.

Calla, no digas eso á quien se halla condenado á padecer y no morir.

EL SIERVO.

Yo me preguntaba cuándo iba á concluir aquella ceremonia; cuándo iba yo á poder abrazar á mi hijo.

ORIEL.

Nunca te habrá pesado la cadena sobre la espalda como te pesaría la corona sobre la cabeza.

EL SIERVO.

Es verdad.

ORIEL.

Nunca los dolores más acerbos habrán mordido tu corazón tan furiosamente como le morderían la sardónica risa de aquellas gentes.

EL SIERVO.

Nunca. Yo creí que todo iba bienamente á concluir.

ORIEL.

Como los tiranos son por naturaleza caprichosos, imaginarias que iba á contentarse con el castigo del ridículo impuesto á tu miseria.

EL SIERVO.

Cuál no sería mi asombro, cuando el rey me dijo: Ya has visto que yo he sido tu esclavo. Las mujeres más hermosas de mi corte han pasado desnudas ante tus ojos. Las músicas más voluptuosas de mis conciertos se han resbalado como un arroyo de armonías en tu oído. Yo te he ahumado de incienso hasta perfumarte. Yo te he ofrecido libaciones en mis copas más ricas. Ahora ha llegado mi hora. El esclavo que manda un día en la casa del rey, es condenado á muerte, y á muerte de cruz. Yo podía condenarte; pero soy magnánimo, y te perdono. Crucificaré á tu hijo.

ORIEL.

Calla, calla; que en mil pedazos me partes el corazón, ya quebrantado.

EL SIERVO.

Yo me volví loco de dolor. Cogi á la mano de uno de los sátrapas un gran baston de oro que llevaba, y me lancé sobre el rey para matarlo. Le hubiera muerto si no se interponen sus guardias.

Me desarmaron. Luego que me ví desarmado, pensé en que la demencia no conducía á nada, y me tendí á los piés del rey pidiendo que perdonase á mi hijo y me sacrificara á mí. Riéronse de mi dolor.

ORIEL.

Un tigre no se hubiera reído.

EL SIERVO.

Desde una de las ventanas de palacio, donde me ataron, ví el horrible espectáculo. Mi hijo era despojado de sus vestiduras, y luego vestido de punzantes cilicios. Tendido sobre una cruz le amarraron las manos y los piés, le alzaron en alto, y le dejaron abandonado y solo. Era la hora del alba. Yo le veía allí en su patibulo entre horribles sufrimientos. Sus gritos de dolor se confundían con el rumor de los festines á que se habian consagrado despues de aquella bárbara inmolacion sus verdugos. No puedo decir lo que yo sufría, atado de cadenas, viéndolo sufrir, retorcerse, y sin poder salvarlo. El sol se levantó, y lo atormentó con sus rayos. Insectos de todas clases

avivados por el calor, picaban sus carnes y se bebían su sangre. La sed, el hambre se mezclaban á todos los dolores de sus miembros sujetos al afrentoso suplicio y ya cuasi descoyuntados. ¡Qué día! Yo al cabo de algunas horas casi estaba sin conocimiento. Saltaba bajo el peso de mis cadenas como el tigre en su jaula. Mordíame los puños desesperado. Daba diente con diente, que rechinaban como si fueran á romperse mis quijadas. Miraba y remiraba al hijo de mis entrañas, y cada uno de sus estremecimientos era como una herida en mitad de mi corazon. Por fin vino la noche. Yo no le veía, no le oía. Estaba sin duda muerto. ¡Cómo sufrir un día entero el martirio de la cruz! Yo me moría tambien; yo espiraba al peso de mis dolores. En esto, sentí que una mano me quitaba las cadenas, y me conducía fuera del palacio. Era una esclava hebrea. La idea de la libertad me devolvió las fuerzas. Lancéme al sitio donde estaba mi hijo y busqué entre las sombras su cruz. No la encontraba. Ya habia maldecido mi existencia, y me preparaba á dejarme morir de hambre, cuando oigo un gemido. Era mi hijo, atado todavía á su cruz, pero tendido en tierra. Me lancé, lo desaté, lo cubrí de besos y de lágrimas. Lo tomé sobre mis espaldas. Lo he dejado

en una cueva vecina aún medio muerto, pero ya mejorado. Y como desde allí oyera una canción de esclavos, vine aquí á decirlos que es preciso huir de esta tierra, pues en cuanto sepan que he huido de allí, y que me he llevado á mi hijo, por una de esas leyes bárbaras, arbitrarias, babilónicas, en una palabra, que el capricho dictó á estos reyes, nos perseguirán, nos encarcelarán, nos atormentarán, nos crucificarán, nos matarán á todos.

**ORIEL.**

Huyamos, huyamos. ¿Dónde iremos que no seamos extranjeros, y dónde seremos extranjeros que no seamos esclavos?

**EL SIERVO.**

Huyamos; huyamos.

**ORIEL.**

Sí, huyamos en buen hora. Nuestra redención

ha comenzado, puesto que nos llevamos de este pueblo cautivo una virtud redentora, puesto que nos llevamos la esperanza. Bendigamos este bálsamo que ha caído sobre nuestro corazón. Bendigamos al pueblo que nos lo ha dado.

**FIN DEL PRÓLOGO.**